



CAPÍTULO XVI

De la limpieza.

62. — *¿En qué consiste la limpieza?*

La limpieza consiste en el cuidado particular que debemos tener de nuestro cuerpo, de nuestros vestidos, de nuestro aposento y de todos los objetos de nuestro uso.

Es la atención en evitar todo lo que puede lastimar la delicadeza de los sentidos.

63. — *Limpieza del cuerpo.*

La limpieza del cuerpo conserva la salud, y procura un bienestar que, contribuyendo á la alegría,

contribuye también á la virtud.

Si tenemos cuidado de nuestra alma, ¿por qué hemos de descuidar el cuerpo? ¡Qué! ¿No es acaso un don de Dios, y no debe ser también glorificado en el cielo?

Quitémosle las sensualidades que corrompen, pero no le privemos de los cuidados que lo harán más digno de ser ofrecido á Dios y de recibirle en la Eucaristía.

Él encierra nuestra alma como una urna de cristal encierra un perfume: ¿no sería, pues, cierta indecencia en no guardarle limpio y brillante?

En este sentido es como ha podido decirse con razón: "La limpieza es una virtud."

En un sentido más material, la falta de limpieza es causa de muchas enfermedades, y la que se expone á ellas es tanto más inexcusable, cuanto que una poca de agua basta para prevenirlas, y el agua

se encuentra por todas partes.

“Son necesarias muchas abluciones para la salud—dice un médico;—y un grande aseo en el cuerpo es la coquetería bien entendida en las señoras, cuya frescura conserva, haciendo retroceder á la vejez.

El desaseo es para el cuerpo lo que es el mohó para el hierro: lo gasta y lo destruye.

64.—*Limpieza en los vestidos.*

La limpieza en los vestidos los conserva, es agradable á la vista, y dispone á los demás en nuestro favor.

Hase dicho que es una carta de recomendación para con todo el mundo, y podemos añadir que una mujer limpia y cuidadosa es casi siempre virtuosa y honesta.

La limpieza es al cuerpo lo que la amabilidad es al alma; y dice San Francisco de Sales que es

como despreciar á las personas con quienes conversamos, estar entre ellas con vestidos desaseados.

Es conocida la espiritual *Epistola á mi vestido*, de un poeta; hay en ella, bajo una forma ligera, una lección muy útil acerca de la materia.

¡Cuántas gracias te doy, vestido mío!
¡Cuánto he valido ayer, gracias á ti!
Cuanto me miro más, menos me fio,
Y de un sastre requiero el atavío
Por poder complacer al mundo; así
Si entre amigos estoy, ó en los salones,
¡Qué honores! ¡Qué miradas! ¡Qué acogida!
Frente á la gran señora, presumida,
Sentado en confidentes ó sillones
Mil sonrisas recibo y ovaciones.
Bien puedo hablar las horas y las horas.
Aunque no diga más que vaciedades,
Siendo dichas por mí, las necedades,
Señores las aplauden, y señoras
Cual si fueran dos mil sublimidades.
Gracias, gracias te doy, ¡oh mi vestido!
Tú me haces sabio, amado y distinguido.

El árbol no siempre es juzgado

por sus flores ó sus frutos: ¡cuántas veces sólo se mira la corteza!

Por lo demás, es inútil insistir acerca de la limpieza en los vestidos.

Hay en la joven un tino particular, que le revela cuántas gracias adquiere con esta atención en cuidar de su persona, y no tiene más que purificar su intención para hacer *una virtud* de lo que hace por instinto.

Que se nos permita añadir solamente una reflexión moral:

“Mientras el vestido está nuevo, brillante y agradable á la vista, se toman las más minuciosas precauciones para conservar su buen parecer; mas luego que la primera mancha ha ensuciado este blanco traje, ó que se ve feamente arrugado, entonces ya no se cuida de él, y se ve con indiferencia que el polvo lo acabe de ensuciar.”

¿No sucederá así con nuestro co-

razón? ¡Es tan encantador y tan delicado cuando es inocente! ¡Oh! Tengamos cuidado que no caiga la primera mancha en nuestra alma!

65.—*Limpieza en el aposento.*

Limpieza en el aposento ya se sabe en qué consiste: la limpieza supone el orden, suple á la elegancia, es preferible al lujo y da al aposento un atractivo y un encanto como no se podrá suponer.

¡Con cuánto gusto descansa la vista en unas paredes de blancura deslumbrante, ó cubiertas con los delicados matices de una tapicería modesta!

¡Cómo parece que la luz toma un esplendor más alegre, pasando al través de la ventana, que envuelven con su gasa ligera ó con sus ondulantes pliegues las cortinas que la joven ha bordado, compla-

ciéndose en armonizar sus contornos!

La limpieza hace que la joven ame su aposento; y si le ama y encuentra gusto permaneciendo allí ocupada, *lograda tiene más que la mitad de su felicidad.*

El pequeño aposento que agrada, es el asilo dulce y seguro en donde se encuentra un refugio contra los dolores y las decepciones de afuera.

¡Oh! Desgraciada de vos si sólo véis vuestra casa como una tienda en donde se encuentra refugio para pasar la noche, y que hay que dejar tan luego como llega el día!

¡Pobre joven! Cambiáis las alegrías verdaderas por placeres ficticios!

Los antiguos creían en la existencia de unas divinidades que llamaban *dioses lares*, que velaban en el interior de las habitaciones. Esto era ciertamente una creen-

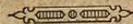
cia mentirosa; pero cambiemos los nombres, y pongamos otro más dulce y más piadoso: el de ángel custodio.

Sí: hay un ángel que vela en el interior de la casa; pero no veréis su rostro, ni escucharéis su voz, si la atmósfera que rodea vuestra alma no es pura y tranquila.

“Casi todos los males—dice Pascal—vienen de que no sabemos guardar nuestro aposento.

Estas reflexiones parecen alejarnos de nuestro título, y sin embargo, no son sino una consecuencia necesaria del mismo.

Amad la limpieza en vuestra persona, por *un espíritu de piedad*; amadla en lo que os rodea, por *un espíritu de orden*, y veréis cómo la felicidad os elige por compañera, y á vuestro pequeño aposento por morada.





CAPÍTULO XVII

Del lujo.

66.—*¿Qué cosa es el lujo, y cuáles sus efectos?*

Puede definirse el lujo por estas palabras: el empleo de los bienes que poseemos, ya en alimentar la vanidad ó ya en contentar la sensualidad.

En el traje es donde principalmente se manifiesta.

El lujo prefiere lo brillante á lo sólido, lo superfluo á lo útil, y en fin, lo útil á lo necesario.

No queremos aquí más que indicar este vicio, que causa ordinariamente la perdición del alma, y

muchas veces la ruina de las familias.

He aquí solamente algunas líneas tomadas de las conferencias tan sabias que madama de Maintenon dejó escritas para las señoritas de Saint-Cyr.

„No podremos encareceros bastante, hijas mías, cuánta bajeza se oculta en este deseo de los adornos, aunque sea natural en las personas de nuestro sexo, y es cosa tan humillante, que las que aman su reputación, aun en la más alta sociedad, se guardan bien de dejar entrever tal debilidad, si la tienen, porque las haría despreciables á todos.

„Los más mundanos estiman á las jóvenes que desprecian la hermosura, la cual nunca se manifiesta más que cuando la joven parece descuidarla, y no afecta en el traje deseos de ostentarla.

„El solo deseo de agradar es ya

una fuente de pecados, sobre todo cuando queremos agradar por la compostura.”

Un hombre de mundo escribió hace poco tiempo estas líneas notables:

“He estado en las reuniones durante el invierno último, y he notado en las costumbres de las jóvenes algunos cambios que no me han parecido felices.

„En otros tiempos se vestían todas las jóvenes de telas blancas, ligeras, frescas y flotantes, que correspondían maravillosamente á las ideas de inocencia y de candor, y hacían pensar en los ángeles envueltos en sus alas.

„No llevaban flores en los cabellos, ni mucho menos alhajas. La variación que había en estos trajes blancos eran los cinturones color de rosa, azules ó lila: todo el lujo de estos adornos consistía en su frescura.

„No se conocía en el traje cuándo una joven fuese rica, pero manifestaba que era limpia, cuidadosa, joven é inocente.

„Mas hoy, los trajes magníficos, variados, y por estas dos razones ruinosos, mezclan otras ideas á las ideas risueñas que inspira la vista de una joven.”

67.—*Causas del amor al lujo.*

El amor al lujo nace en el corazón de la joven con su primer pensamiento; es una especie de pecado original, dice el P. Berthier, y la vanidad que le sirve de alimento, sabe quitarle á nuestros ojos lo que tiene de bajo y humillante, bajo el nombre de limpieza, de orden y de bien parecer.

1.º El lujo es el producto y el alimento de la coquetería, ese deseo egoísta de atraerse á todo el mundo sin querer sacrificar nada de sí mismo.

¡Oh! Es menester que os estén repitiendo: desconfiad de la inclinación que os lleva á *adornaros por agradar*, y así evitaréis muchas ridiculeces, fastidios y remordimientos.

Desconfiad, sobre todo, de esos tontos é insípidos cumplidos dirigidos á vuestro traje, y que muchas veces sólo os lo dicen por tener el placer maligno de reirse de vuestra credulidad.

Tened el suficiente talento de enviarlos á vuestra modista, que los merece mejor que vos.

Que vuestro espejo sea vuestro *consejero*, y no vuestro *adulador ó confidente*. Preguntadle: *¿estoy bien?* Mas no le digáis lo que de buena gana diriais á todo el mundo, si os atrevieseis: *¡Ved cuán hermosa estoy!*

2.º El lujo y el deseo de parecer bien se despiertan en el alma de la joven, por *el vacío de su espíritu*

por *la indigencia de su corazón*, y por *la tibieza del espíritu de familia*.

Dejemos á las maestras y á la joven reflexiva el cuidado de desarrollar estas tres causas.

68.—Remedios contra el lujo.

Después de lo que acabamos de decir, se comprende que el remedio contra este vicio que hace perder al alma su inocencia y quita, aun en lo exterior, esa gracia llena de sencillez que forma todo el encanto de la juventud, sería la atención en escuchar la voz de la conciencia que dice: *haces mal*, y el cuidado minucioso de quitar con frecuencia del alma, por una buena confesión, todo lo que ofende las miradas del ángel custodio.

La joven que procura agradar á Dios está segura de agradar á todo el mundo.

Se encontrará otro remedio en los fuertes y amorosos afectos de la familia: la joven que se siente feliz en su casa, casi no tiene ningunas exigencias mundanas.

El mundo es muy poca cosa para aquella á quien su madre le basta.

Resumamos por este axioma que más tarde deberá servirnos de regla:

La naturaleza pide *lo necesario*;

La razón quiere *lo útil*;

El buen gusto junta á esto *lo agradable*;

El amor propio busca *lo brillante*;

Y la pasión, *lo superfluo*.



SEGUNDA PARTE

De las virtudes que hacen á una joven estimable;
de las faltas opuestas á estas virtudes.

—

CAPÍTULO PRIMERO

Del amor al trabajo.

69.—*En qué consiste el amor al trabajo, y de su necesidad.*

El amor al trabajo consiste en ocuparnos siempre en alguna cosa de utilidad.

El trabajo es necesario para conservar el cuerpo, pero quizá es más necesario al alma para que no perezca de inanición y de miseria.

Sin el pecado, el trabajo hubiera sido sólo una ocupación, lo habría-